

## INTROITO AL CURSO DE ANTROPOLOGIA

### PROLUSION

---

#### LOS CUATRO OBJETOS DE LA CIENCIA DEL HOMBRE

1. — Si se pronuncia la palabra *Antropología* en un lugar donde estén reunidas personas de grado y procedencia diversa, en cuanto al cultivo de su intelecto, sin excluir a los representantes de la cultura media, hay pruebas de que esa palabra, lejos de despertar una imagen o un concepto idéntico, ha de ser entendida con significados muy distintos de una persona a otra, y hasta puede asegurarse que el número de esas variaciones, o *sententiae*, coincidirá con el número de *capita*.

La razón reside en varios hechos: 1º que la Antropología, a pesar de su nombre unitario, comprende un número considerable de investigaciones especiales, y debe estimársele por lo tanto como denominación sintética de un grupo de ciencias cuya unidad consiste en referirse todas al Hombre; 2º que el Hombre, como objeto de investigación, es el más complejo que pueda imaginarse, en función de la pluralidad de sus caracteres y de los distintos órdenes en que se agrupan, sean ellos descriptivos como funcionales, biológicos como psicológicos y energéticos; 3º es necesario reconocer que fuera de un limitado círculo de especialistas, ninguna de las personas cultivadas conoce la Antropología por sus planes, sus métodos de trabajo, sus aplicaciones y su moderna renovación.

En lo que concierne al primer punto he aquí, no sólo para el profano, sino también para los alumnos y los mismos docentes, la dificultad de representarse de manera adecuada el conjunto de relaciones internas y externas que enlazan en

un grupo unitario a las diferentes ciencias del Hombre, sin destruir su íntima consistencia de actividades particulares (dificultad real y hondamente sentida por muchas categorías de estudiosos y lectores, no sólo en lo que atañe a la Antropología, sino a casi todas las ramas generales y fundamentales del conocimiento humano). Vale la pena consagrarle una parte, aunque diminuta, de nuestro tiempo.

La clasificación y subdivisión de las ciencias, intentada repetidamente por filósofos de todas las épocas, está destinada al fracaso, toda vez que la persona que la acomete se dispone, de manera consciente o inconsciente, a dar mayor importancia a las consideraciones analíticas en vez que a las sintéticas.

Las ciencias representan unidades independientes e inconfundibles en una visión superficial e introductiva, la que es propia de la escuela, pero —en realidad— todas ellas no son otra cosa que sistemas de capitalización de observaciones y experimentos, constituidos en cuerpos distintos y con cierta independencia metodológica para los fines de la claridad didáctica, esto es, de su aprendizaje y manejo. No hay —en otros términos— que tomar muy en serio las divisiones y vallas teóricas que tienden a constituir cuerpos científicos excesivamente aislados e independientes unos de otros, puesto que, en el fondo, *lo único real es la unidad de los problemas.*

El movimiento científico procede por dos caminos, que acaso parecen contradictorios: el primero está constituido por la necesidad imperiosa de mantener fuertemente enlazadas todas las investigaciones particulares que se dirigen contra una misma incógnita, y el segundo por la conveniencia metodológica y práctica de mantener separadas técnicamente y a veces tópicamente las singulares actividades. Para servirnos de una analogía de fácil comprensión, diremos que el primero corresponde a la mentalidad del 'estratega', el segundo a la del 'táctico'.

Con respecto a nuestro campo de acción, henos aquí ante la conveniencia de ilustrar menos vagamente el contenido de la Antropología y de sus ramas principales, lo que vale tanto como proponernos distinguir cuáles son las 'Ciencias del Hombre' que componen la 'Ciencia del Hombre'.

2. — Como lo indica su etimo, la palabra *Antropología* significa exactamente: 'tratado del Hombre'. Este es el significado más amplio y general, y, adoptando este sentido aun hoy como lo hiciera en 1533 el humanista italiano que primero empleó el vocablo, se da el nombre de Antropología a toda la suma de observaciones y averiguaciones que tienen por objeto el conocimiento del Hombre, tanto en el aspecto biológico como en el cultural.

Pero al lado de este empleo tan general existe otro más restringido, el que se ha originado por la costumbre de abreviar con la palabra Antropología la designación de una de sus partes, la *Antropología biológica*, a la que pertenecen aquellas indagaciones sobre el Hombre que se prestan a ser realizadas en mayor medida con el método de las ciencias naturales.

En esa rama de la Antropología no están comprendidas las creaciones del Hombre, que se reservan para la rama colateral, constituida por la *Antropología cultural*; esta última investiga las formas organizadas de la vida humana, tal como se evidencian mediante el estudio de los patrimonios.

Para definir menos escuetamente a la Antropología biológica, no será superfluo recordar que *dos* son las incógnitas que constituyen el problemario de esta disciplina: primera, la descendencia del organismo humano en el panorama de la escala paleontológica; segunda, la agrupación de los hombres que pueblan el mundo en núcleos genéticamente congruentes, constituyendo especies, subespecies, razas y mestizajes. Empleando términos apropiados, diremos que la *Antropología biológica* se divide en dos grandes direcciones investigativas:

1º la descendencia humana (*Antropogonía*).

2º la clasificación de las razas (*Antropotáxis*).

La primera parte, o *Antropogonía*, a pesar de su innegable unidad, comprende gran número de cuestiones particulares, las que han sido siempre de tal manera vinculadas a la curiosidad humana, que su enunciación es sumamente popular. No hay lector o estudiante que ignore tales incógnitas o no se apasione por ellas. Las religiones, la poesía, la novela y hasta las doctrinas pseudo-científicas que pululan en el mundo contemporáneo de modo oculto, todo, en fin, el complejo movimiento de la curiosidad humana está infiltrado más o menos honda-

mente por el hechizo de preguntas como las siguientes: ¿cómo se originó el Hombre? ¿quiénes fueron sus progenitores? ¿cuándo nació el organismo humano entre los que habitan la tierra? ¿fué de una sola pareja, o de varias, que tuvo nacimiento esa forma? ¿en qué región del globo se efectuó el proceso de la *hominación*?

A pesar de este carácter de popularidad, y acaso justamente por él, es necesario confesar que muy pocos son los que sobre tales cuestiones tienen una ilustración y un conocimiento suficientemente maduro, y que —por desgracia— las ideas corrientes con respecto a cada uno de los puntos que acabamos de mencionar adolecen de una superficialidad e inconsistencia que en mucho supera la de la información generalizada sobre las demás ramas del saber humano. La razón —puesto que de todo fenómeno existen siempre razones— debe ser buscada en la enorme complejidad de las incógnitas, que requieren un sólido espíritu de disciplina al afrontarlas, unida con la dificultad de seguir ‘históricamente’ el desarrollo de la investigación, y la rapidez con que los sucesivos estados del conocimiento se ven superados por la acción corrosiva de la crítica y del adelanto especial en cada una de las cuestiones particulares. La bibliografía es inmensa y continuamente en aumento; además los resultados parciales están consignados en publicaciones especializadas de muy difícil entendimiento y relativamente poco asequibles por toda persona que no tenga contacto con las grandes instituciones que las naciones modernas han consagrado al cultivo de la indagación científica. Sucede así que los libros que circulan en un momento dado contienen visiones y afirmaciones que desde ya largo tiempo se encontraban superadas y controvertidas, y el público sigue repitiendo ideas que el especialista ha abandonado, a veces, desde un cuarto de siglo.

3. — La segunda dirección de la Antropología biológica, que hemos llamado *Antropotáxis*, tiende a resolver otro núcleo de problemas, también ellos capaces de ser reunidos bajo una designación unitaria, que es la ‘clasificación de las razas humanas’. Esta actividad clasificatoria cuenta con la ventaja de no encontrarse, en el desarrollo de su cometido, en continuas y complicadas interferencias con disciplinas y escuelas filosó-

ficas y metafísicas, y hasta con sistemas religiosos y creencias teosóficas o misteriosóficas. Su camino es algo más libre en este sentido, pero no menos penoso ni difícil, en atención a las dificultades intrínsecas de su programa de acción.

Para enunciar de manera menos sintética su cometido, diré que comprende las cuestiones que siguen: ¿es el Hombre un género dividido en varias especies y subespecies, o una sola especie doméstica? ¿en cuáles relaciones recíprocas se encuentran las razas humanas, ya sean las principales, ya las derivadas? ¿cómo podremos representar teóricamente la formación de una raza? ¿cuáles son las fundamentales divisiones raciales, su interferencia recíproca o *metamorfismo*, y cuáles las razas derivadas o *metamórficas*? ¿de qué modo puede delinearse una doctrina de las razas basada en las divergencias somáticas en unión con las constitucionales, caracterológicas, psíquicas y dinamógenas?

En una sola palabra, esta corriente del pensamiento antropológico se propone establecer el cuadro sistemático de los grupos que existen sobre la faz de la tierra, en una tabla de clasificación similar a las que ya desde largo tiempo han elaborado el zoólogo y el botánico.

Justo es decir que la clasificación de las razas humanas no puede ser considerada —en sí misma— como una finalidad nueva, característica del período reciente de la Antropología, pues tuvo cultores ilustres también en el siglo pasado. Sin embargo, no puede negarse de modo alguno que desde el principio de este siglo los especialistas trabajan con una mentalidad que netamente los distingue de sus predecesores.

Refiriéndome de manera concreta al objeto de sus investigaciones, puede notarse que el centro de enfoque se ha desplazado del terreno esencialmente paleontológico al terreno sistemático.

Teóricamente muy poco cuesta decir que la Antropogonía y la Antropotáxis constituyen con igual derecho las dos ramas de la Antropología biológica. Pero, en el terreno concreto, el ejercicio de una o de otra tendencia especulativa engendra necesariamente el predominio de una orientación mental, de un hábito lógico y de una preferencia metódica, que terminan por plasmar dos *formae mentis* destinadas a chocar con

frecuencia una con otra, en abierto contraste. Durante el siglo pasado la mentalidad paleontológica tuvo entre los antropólogos un desarrollo de tal manera absorbente, que la serenidad necesaria para la clasificación quedó poco menos que ahogada. Frecuentes son los ejemplos de morfólogos y filogenistas considerados entre los más eminentes, cuyo espíritu, obcecado por la búsqueda obsesionante de los famosos caracteres simianos o pitecoides, presentó una opacidad realmente inexplicable para la comprensión de la morfología racial.

Junto con el cambio de enfoque, es evidente que ha habido también una vigorización de la severidad crítica. Hoy, por ejemplo, no podemos disimular nuestra sonrisa al observar los cientos de esqueletos de gorila que los preparadores del final del siglo pasado procuraron armar en la posición más erguida y estirada posible, para mejor acercarlos al hombre, con grave ofensa de las leyes de la gravedad y del equilibrio. En cuanto a la idea que el hombre fuese en origen un organismo de estación inclinada y prona, que al humanizarse adquirió 'poco a poco' la estación erecta, estamos seguros de que esta imagen clásica de los antropólogos del Ochocientos es una fábula, y sólo nos sorprende cómo pudo encontrar creyentes y apóstoles, puesto que la construcción de los mamíferos de estación cuadrúpeda es inmensamente más especializada, en el sentido de la ley de Cope. Por fin, nos sugieren sentimientos repulsivos ciertas grotescas reconstrucciones en papel maché del hombre de Neanderthal y del Pitecántropo, que nuestros antecesores colocaron en los museos para delicia del público ávido de emociones.

También el vocabulario que se emplea ha sufrido hondas alteraciones. Es fácil notar que ciertas palabras y frases que estuvieron en boga, como *caracteres bestiales*, *disposición antropoide*, *aspecto simiano*, *forma pitecoide*, etc. ocurren siempre con mayor parsimonia en los escritos modernos. Tampoco goza de igual crédito que antaño la presunción que en los grupos humanos de civilización inferior deban encontrarse cráneos muy pequeños y techos aplanados. Esto se explica recordando que nuestros predecesores, acostumbrados a abordar los problemas del Hombre desde el terreno de la animalidad, fueron atraídos inconscientemente a exagerar la posición taxonómica de determinados grupos humanos, para acercarla a aquel término

de la escala zoológica en que presumían haber identificado al famoso *precursor*.

4. — El traslado de la curiosidad e interés desde el campo paleontológico hacia el sistemático no es puramente casual, ni efecto de una moda.

Han obrado en tal sentido varias razones fundamentales: en primer lugar la desilusión que se derivara de las engañosas afirmaciones y certidumbres que nos ofrecieron —tan prematuramente— los ‘paleontólogos humanos’ de las pasadas generaciones; segundo, la importante acumulación de indicios y datos aportados por la investigación de las lenguas del mundo; tercero, la fecunda renovación de las ciencias que estudian las afinidades patrimoniales de los pueblos y cuarto, la certeza que, al lado de la especulación puramente filética del origen del hombre y la interpretación estratigráfica de sus restos óseos, se imponía, como punto de partida indispensable, el conocimiento taxonómico de los grupos humanos supervivientes.

Añádase que ese conocimiento representa la única dirección en que puede alcanzarse una certidumbre relativamente estable, tanto por lo que concierne a la morfología y otras propiedades de los conjuntos raciales, como a su respectiva dispersión y al dominio del espacio que alcanzaron por efecto de su coeficiente dinámico, antes que el campo de observación llegue a un grado más intenso de modificaciones o se produzca la desaparición total de varios grupos humanos ya tan empobrecidos, que su existencia debe estimarse absolutamente precaria.

Evidentemente, de las dos grandes direcciones especulativas de la Antropología biológica ya mencionadas: 1º la descendencia humana (Antropogonía) y 2º la clasificación de las razas (Antropotáxis), no es la primera la que en nuestros días mueve y apasiona a los especialistas diseminados en los laboratorios del mundo.

Que el progenitor humano fuera del orden zoológico X o Y, es asunto que nos impresiona hoy día algo menos intensamente que durante el período heroico del Ochocientos, cuando los antropólogos, sutilmente transmutados en cosmólogos y profetas, redactaban las fórmulas de sus famosos ‘credos’ religio-

sos, poniendo al descubierto de ese modo el recóndito movimiento dialéctico que animaba sus doctrinas. Fueron éstas, negativas y agnósticas tan sólo en apariencia; en realidad se alimentaban más de nutrimento bíblico que de espíritu científico. Lo único que hoy sabemos con certeza es que ninguno de los géneros zoológicos preconizados durante ochenta años de discusiones, representa el anillo pre-humano, y que el organismo del Hombre, lejos de ser el más perfeccionado, como tan firmemente se nos asegurara de consuno con la visión bíblica de las relaciones entre Adán y Yahvé, contiene un sinnúmero de caracteres primitivos y embrionarios que lo califican como una rama destacada muy tempranamente del árbol de los mamíferos. Además se ha visto con claridad que los razonamientos basados en la comparación anátomo-comparada de los Primates, realizada con métodos más o menos estadísticos, se estrella contra los escollos objetivos de la 'convergencia' morfológica. El mismo orden de los Primates, fundado por Linnaeus y remachado por Broca, ha resultado una agrupación ficticia que no corresponde a relaciones filéticas, y sólo reúne a organismos convergentes.

Convencida de la vanidad de todo esfuerzo tendiente a abreviar las etapas de la especulación filética humana, al menos en la presente época científica y con los escasos materiales osteológicos que poseemos, la Antropología biológica ha puesto momentáneamente de lado toda preocupación excesiva al respecto del *missing link*, preservando sus energías para investigaciones menos improductivas. A la época paleontológica, que en realidad estaba apasionadamente dominada por el resorte metafísico, ha sucedido una época de serenidad, totalmente digna del naturalista y del humanista.

La Antropología biológica prefiere afrontar la cuestión taxonómica y reunir la documentación y las observaciones que han de brindarnos el conocimiento racial de los núcleos humanos, es decir, la visión más profunda e íntima de la Humanidad, haciendo propio el lema de Delfos: 'conócete a tí mismo', pero llevándolo hasta las más amplias fronteras que los descubrimientos geográficos del Renacimiento y de los siglos XVIII y XIX han trazado a la Ecúmene.

5. — Al lado de esta disciplina anátomo-descriptiva y clasificatoria, ha tomado importancia extraordinaria, en estos últimos lustros, aquella otra sección de la ciencia del Hombre que se propone reconocer, comparar y clasificar los productos y los modos de la vida humana. Inseparable de la doctrina de las razas, ha ido surgiendo —por tal modo— su necesario complemento, es decir, la doctrina de las costumbres y artes, la que ha conseguido alrededor de 1910 renovar en parte sus métodos, establecer más firmemente sus cuadros de problemas, sus criterios críticos y organización. Muchas ciencias, que de manera vaga seguían anteriormente un desarrollo independiente y falto de coordinación, se ven hoy unidas por vínculos orgánicos a esta segunda gran rama de la ciencia del Hombre, a la que se asocian en vista de la reunión, elección y elaboración de los datos descriptivos destinados a alimentar su cauce.

Aunque no forme el objeto especial de estas páginas, creemos conveniente que se perfeccione en este lugar la breve mención hecha en el primer párrafo sobre la partición de esta segunda rama.

Siempre forman el objeto de la *Antropología cultural* las distintas formas de civilización creadas o adoptadas por los grupos humanos, pero las exigencias del método hacen necesario considerar dos diferentes enfoques, los que determinan en realidad dos indagaciones distintas:

I. la *Culturología*, que tiene por fin trazar la historia de las Culturas consideradas como entidades vitales autónomas, su formación, difusión, enlace, dominación y substitución, después de definir los ciclos respectivos por sus propias características económicas, ergológicas, artísticas y mentales y de clasificarlos en los grupos de *Culturas primarias, constitutivas, compuestas y complejas*, no sin esbozar las leyes de la circulación de los bienes humanos organizados sobre la superficie de la tierra, en virtud del dinamismo expansivo de los patrimonios y de la afinidad receptiva de los pueblos.

II. la *Etnología*, que tiene por finalidad el estudio de las Etnías, entidades de forma concreta que el viajero encuentra establecidas o en vía de establecerse en los varios sectores de la tierra habitada, como epifenómenos de la circulación de las Culturas, y demuestran los diferentes grados en la propiedad asi-

militoria de sus elementos peculiares de las agrupaciones humanas racialmente y territorialmente distintas, en fuerza de las leyes de aculturación y superposición patrimonial, de los rechazos y desarrollos locales; lo que permite a un tiempo dilucidar en qué proporciones rige el poder 'eliminador' y el 'asociativo' de los diversos factores entrados en juego, que son: 1º llegada de los elementos culturales, 2º afinidades electivas de raza y psiquis y 3º armonización ambiental.

En el lugar correspondiente hemos de ilustrar con mayor riqueza de aplicaciones esta repartición. Aquí nos limitamos a sintetizarla en el prospecto que sigue, en el que aparecen ambas divisiones de la segunda gran rama de la ciencia del Hombre.

Antropología Cultural		CULTUROLOGÍA, cuyo objeto son las <i>Culturas</i> .
		ETNOLOGÍA, cuyo objeto son las <i>Etnías</i> .

Completando, por fin, la exposición sistemática concerniente a la primera gran rama de la ciencia del Hombre, reunimos las enunciaciones de los párrafos que anteceden, en el siguiente esquema:

Antropología Biológica		A. FILETICA, cuyo objeto es la <i>Descendencia</i>
		B. SISTEMÁTICA, cuyo objeto es la <i>Clasificación</i> .

y al recapitular en un solo aparato sinóptico ambas partes, tendremos el cuadro general de la Ciencia del Hombre, o Antropología, repartido, dicotómicamente, en cuatro grandes disciplinas especiales:

### ANTROPOLOGIA

<i>Antropología Biológica</i>		<i>Antropología Cultural</i>	
<i>Antr. Filética - Antr. Taxonómica</i> (la Descendencia)	(la Raza)	<i>Culturología - Etnología</i> (la Cultura)	(la Etnía)
Anatomía compar.		Prehistoria	
Anatomía humana		Arqueología	
Serología		Etnografía	
Paleontología		Folklore	
Psiquiatría		Musicología	
Caracterología		Artes plásticas	
Bioquímica, etc.		Hierología, etc.	

Las ciencias cuyos nombres se han colocado en las últimas líneas son respectivamente las que brindan los materiales y observaciones utilizados en el desarrollo de ambas ramas. No se trata ya de ciencias auxiliares, como se acostumbra llamar a aquellas que prosperan en el territorio liminar (*Grenzgebiete*) de una disciplina; primero, porque cada una de ellas forma a su vez un sector bien definido del conocimiento, provisto de medios y finalidades independientes, y segundo, porque varía el grado de vinculación que cada una de ellas guarda con la Antropología.

Para entender estas relaciones, considérese que cada ciencia está dotada en medida característica y peculiar del poder de legiferación, que es actividad filosófica; algunas en grado sumo, otras en proporción menor y otras, por fin, en medida insignificante o nula. Esta visión debe ser completada con la fórmula —realmente expresiva— de Manouvrier, que reconoció en la investigación científica tres grados sucesivos: 1º, grado descriptivo; 2º, comparativo y 3º, filosófico.

Ahora bien, si tomamos el caso de la Prehistoria, con sus materiales de excavación, sus artefactos de piedra y bronce, sus series de hachas y yunques, será forzoso reconocer que esta ciencia ha cumplido la misión de recoger, comparar y clasificar (*grado operativo-descriptivo*, más *grado comparativo*); pero la utilización definitiva de su cosecha para los fines de trazar la curva del desarrollo fabril y mental humano está deferida a la Antropología culturoológica, que es ciencia capaz de colocar las comprobaciones recogidas en el lugar pertinente de la escala patrimonial (*grado comparativo* en segunda instancia, más *grado filosófico*).

Algo distinta es la condición de las otras ciencias colocadas en la misma hilera; ellas brindan sólo una parte más o menos limitada de su cosecha a la Antropología, ya porque lo demás pertenece a las actividades del saber práctico (Serología, Psiquiatría, Anatomía humana), ya porque consideran, al lado del hombre, también organismos puestos a gran distancia del mismo (Paleontología, Anatomía comparada).

En grado variable ocurre otro tanto con la Musicología, la historia de las Artes Plásticas, la Hierología, la historia de las Técnicas, y de los medios de Transporte en especial. En cuan-

to a la Arqueología, es obvio que la porción más elevada de esta disciplina, la que forma su núcleo históricamente inicial y sin duda alguna el más valioso, es decir, la investigación de las antigüedades del Mundo Clásico, no participa directamente de la elaboración antropológica, pero en su acepción que es familiar en América, la que comprende la extracción, descripción y comparación de los artefactos indios, forma parte integrante del trabajo de la Antropología. Es el necesario complemento de la Etnografía (actividad ya totalmente antropológica), porque la primera recoge y elabora el material de los pueblos desaparecidos, el que se encuentra particularmente en las tumbas, mientras la segunda hace lo propio con el material de los pueblos que sobreviven más o menos intactos por lo que concierne a su patrimonio.

Va de por sí que, ambas siendo ciencias esencialmente operativas y descriptivas, cuando se pasa a utilizar sus materiales para el fin de esbozar el panorama de las culturas —que es el fin último— se penetra en el ámbito de la ciencia legiferante respectiva.

6. — Nacida como ciencia de carácter especulativo, la Antropología se mantuvo durante largo tiempo limitada por el marco de una 'ciencia pura'. Sus vinculaciones con la Anatomía, y con la Anatomía comparada en particular, no llegaron más allá de la técnica, porque estas ciencias sólo podían brindarle material de observación y enseñanzas metódicas, sin incidir en su núcleo, que es el problemario fundamental. Sus vinculaciones con la Psicología y la Filosofía fueron igualmente ocasionales y escasamente productivas. Las mentalidades que mayormente influyeron en un momento particular de su desarrollo (toda la segunda mitad del siglo XIX) fueron las poseídas por el apasionamiento religioso. Arrastrados en la contienda anticlerical, particularmente en Francia, los antropólogos se sirvieron de esta ciencia como de una catapulta, no ya para derribar a los dogmas, sino para extirpar el propio espíritu de religiosidad, con lo que mostraron ignorar una verdad esencialmente antropológica, la que considera la actividad religiosa como inseparable del ser humano, concepto nuevamente formulado en el *Règne de la Religiosité* (el cuarto reino de la natura-

leza, o el Humano) por A. de Quatrefages, pero ya eficazmente expresado por Aristóteles en su definición del Hombre como 'el viviente religioso'. Fué la época de los ya mencionados "credos", los "cultos" evolucionistas y la "descendencia del mono", que todas son —ya lo hemos dicho— manifestaciones de pasión y apostolado, más que de serenidad humanista.

Fuera de estas aberraciones, la vieja Antropología tuvo escasos contactos con las ciencias vitales de la sociedad. Todos conocen el mediocre resultado de la Antropología biológica aplicada a la criminología, por haber atribuído al crimen un carácter *absoluto* y *orgánico*, mientras lo tiene casi exclusivamente *relativo* y *social*. A pesar de ello, y de modo indirecto, el período antropológico trajo grandes beneficios a las prácticas y las instituciones penales, por haber vivificado los gérmenes del pensamiento penalista de Beccaría y Romagnosi, un siglo después de su enunciación.

Mucho más intensa ha resultado la participación de la Antropología moderna, biológica y cultural, en la vida de las naciones, a empezar del momento de su renovación.

Aplicaciones de las distintas ciencias del Hombre son las que en estos últimos años han modificado intensamente las disciplinas científicas.

La Medicina ha recibido el fecundo impulso de la doctrina de las constituciones corporales. La Fisiología ha sido interesada en la clasificación de las reacciones serológicas en su comportamiento intrarracial e interracial. Las ciencias normativas del Estado siguen con atención los esfuerzos encaminados a aclarar la producción de mestizaciones ortogénicas o ponerogénicas, el índice de crecimiento de determinados núcleos humanos y de la humanidad en general, y, sobre todo, el mecanismo de la heredabilidad de los caracteres. La Geografía ha sido llamada a completar sus conceptos morfológicos y genéticos del relieve y los ambientes terrestres mediante la consideración de las condiciones creadas por la actividad humana. La Psiquiatría ha enriquecido su caudal de observaciones e indicios diagnósticos con las experiencias derivadas de la Antropología constitucional, la que ha soldado en unidades admirables los comportamientos de la psiquis humana, en estados de sanidad o morbosos correspondientes a cada *habitus* o polarización del

organismo. Es indudable que nunca como hoy las dos ramas antropológicas han merecido la consideración de las personas que dirigen los cuerpos políticos. En los países de intensa hibridación racial, nadie puede desconocer la importancia de la doctrina de la herencia de los caracteres orgánicos y psíquicos, ni el estudio del valor relativo, energético, de los varios grados de mestización y las determinantes de peculiares hábitos morales y ecológico-políticos de la población.

En el campo de otras disciplinas especiales, la gran mayoría de los investigadores intuyen que una comprensión amplia del fenómeno religioso, del jurídico, artístico, técnico, etc. no puede ser conseguida sin abordar la visión de la humanidad integral subdividida en las series patrimoniales que corresponden a los ciclos sucesivos de sus Culturas. Existe ya una hierografía culturoológica, una historia del derecho y del arte culturoológico, una doctrina de las técnicas culturoológicas, etc. La filosofía muestra ya haber iniciado una época antropológica, con lo que, acercándose a la verdadera fuente y metro de todas las cosas, que es el Hombre, podrá acaso evitar los efectos de los cuatro siglos de abstracciones sucedidos al neo-platonismo del Renacimiento.

Con toda evidencia, la Antropología moderna ha cesado de ser una 'ciencia pura' y más o menos ociosa.

Es de suma necesidad —por lo tanto— que los cultores de las ciencias del Hombre abandonen todo objeto o forma anticuada en su trabajo cotidiano, cursos, lecciones y publicaciones, y aborden los sectores funcionalmente más fecundos de nuestra disciplina. En Antropología biológica, más sobre los índices morfológicos 'suficientes' y menos definiciones, más diagnósticos raciales y menos disquisiciones sobre el 'precursor humano'. En Arqueología, menos disección de ornamentaciones de vasos y otras terracotas, y mayor contacto con la substancia íntima y los cánones económico-técnico-mentales de las Culturas. En general, abandono de las viejas estampas, así como de las largas e improductivas descripciones. Se hacen demasiados libros voluminosos, a base de figuras —especialmente fotografías— que se dejan desprovistas de interpretación tipológica. Nunca como hoy ha resultado decisiva la conveniencia de trabajar, también en el terreno, con perfecta armonía de

procedimientos entre las varias ramas en que la Antropología se encuentra subdividida en vista exclusiva de fines didácticos.

En una sola palabra, todos debemos tener presente que es necesario reeducar a los alumnos y al público sobre la capacidad de nuestros métodos y el contenido substancial de nuestras indagaciones, que de ningún modo puede ser el decorativo y estéril de coleccionar esqueletos y artefactos para una exhibición de curiosidades, sino el de captar la esencia del hombre, unidad suprema e íntima del drama que ha llenado los tiempos y los espacios, cuyos delineamientos aclaran el panorama de nuestra experiencia histórica, así como de la política, y nos ayudan a preparar las condiciones del suspirado mañana.

No olvidemos —por otra parte— que la Argentina tiene una honrosa tradición antropológica que nos conviene custodiar y renovar constantemente, si queremos mantenernos dignos de nuestros mayores.

Tres generaciones de antropólogos han tenido el mérito de llamar sobre nuestro país, nuestros Institutos y Universidades, la atención de toda América, y de la América latina en particular; primera la generación de los *Pionners*: Francisco P. Moreno y Florentino Ameghino; segunda la de los Orientadores: Hermann Ten Kate, Samuel Lafone Quevedo y Juan B. Ambrosetti; tercera la de los Sistemáticos: Roberto Lehmann-Nitsche, Salvador Debenedetti, Luis María Torres y Félix F. Outes.

Es cierto que la lucha se presenta en nuestros días más ardua, porque se han perfilado en nuestro horizonte, al lado de las exigencias de la integridad política y económica, también los problemas de la independencia intelectual. Teóricamente la vida científica es universal, porque no conoce fronteras, y nada se ganaría, en un mundo ideal, mediante el encapuzamiento y el separatismo científico. Pero ello no autoriza a desconocer que en la pugna real de la vida moderna se da el caso que poderosas influencias exteriores de orden publicitario o financiero impongan en momentos dados la oficialización, sino la íntima aceptación, de perspectivas y conceptos surgidos de una mentalidad rudimental y tosca, y tales tentativas pueden ser ensayadas también en daño de pueblos que dieron prueba de gran madurez discernitiva.

Ahondemos y ensanchemos, pues, los surcos abiertos en nuestras tierras generosas, y alistemos más amplios cultivos. La generalidad de las personas suele creer, con evidente prejuicio materialista, que las mayores barreras que se oponen al florecimiento de una disciplina son la falta de laboratorios, la escasez de cátedras y dotaciones pecuniarias; en el caso especial no hay duda que tales medios surgirían de un modo espontáneo cuando fuera conocido con mayor precisión por las personas de cultura, los consejeros de facultades e instituciones y los hombres de gobierno, el papel que las ciencias del Hombre representan por un lado en el terreno de los orígenes y la clasificación, y por el otro en el desarrollo de disciplinas históricas, morales y políticas, que trascienden con toda evidencia los límites del conocimiento puro (1).

La nuestra es la cuarta generación. ¡Dios quiera que no tengamos de la historia el reproche de haber vivido sin abnegación y desprovistos de ideales!

## LECCION PRIMERA

### NOMENCLATURA - JURISDICCIONES

1. — No pocos sabios helénicos abordaron el estudio del Hombre en medida más o menos intensa: Anaximandro de Mileto (610 + 514 a. C.), Ecateo (durante el período de las Guerras

(1). — El azar de las lecturas ha querido que poco tiempo después de haber escrito estas líneas cayese bajo nuestra mirada el siguiente pasaje de R. ANTHONY, el ilustre profesor del *Museum* y secretario general de la *Société d'Anthropologie de Paris*: "Les périls que court l'Anthropologie, attaques des philosophes qui nient sa légitimité (Comte), impertinence des opinions et des avis dont dépend quelquefois son avenir, indifférence des pouvoirs publics auxquels il appartient de lui garantir ses moyens d'action et de lui en fournir des nouveaux, tous viennent en dernière analyse de ce que la plupart des gens instruits, même les savants, même les biologistes, même quelquefois ceux qui travaillent à ses progrès, ignorent ce qu'elle est, et, par conséquent, ne peuvent se rendre compte du rôle qu'elle a à jouer dans le développement scientifique général". Grande ha sido mi maravilla al averiguar tan honda coincidencia con mis propios pensamientos en una prosa que se refiere a las condiciones de Francia, en 1927.

Médicas), Herodoto de Halicarnaso (484 + 404 a. C.), Hipócrates (460 + 370 a. C.); pero ninguno de ellos empleó en sus escritos la palabra 'Antropología'.

Encontramos en Aristóteles (384 + 322 a. C.) la adopción de un vocablo afín, en la frase οἰκ ἀνθρωπόλογος..., en que el sustantivo 'Antropólogo' es empleado para designar a las personas que aman hablar sobre el Hombre, o que tienen competencia acerca de la naturaleza humana.

Hay que transponer toda la antigüedad y llegar a los Tiempos Modernos para encontrar cuerpos de doctrina similares a nuestra 'ciencia del Hombre', así como el empleo de palabras que guarden mayor adherencia con la nomenclatura actual. En un primer tiempo tenemos todavía denominaciones de carácter indirecto, como en el título de la obra de Magnus Hundt publicada en Leipzig, 1501: *Anthropologium de hominis dignitate, natura et proprietatibus, de elementis, partibus et membris humani corporis*, en la que por una parte anotamos el sustantivo abstracto *Anthropologium*, y por otra la extensión del tratado, que concierne tanto al conocimiento anatómico y corporal, como a la fisiología, y principalmente a las *dignitas* del Hombre (en cuanto a este concepto, recuérdese que desde largo tiempo los Padres de la Iglesia habían disertado alrededor de la *dignitas humana*; así lo acredita la intitulación de un antiguo tratado: *De dignitate conditionis humanae*, atribuído a San Ambrosio obispo de Milán (+ 397).

Para hallar, sin embargo, la palabra 'Antropología' no sólo como vocablo aislado, sino como denominación de una disciplina, es necesario referirse al período de los renacentistas italianos; el tratado de Galeazzo Capella: *L'Antropologia o vero ragionamento della natura humana*, Milán 1533, nos brinda el empleo ya directo y pleno del moderno término nomenclatorio, y al mismo tiempo su cabal definición.

En 1526 apareció el mismo vocablo en forma adjetivada, como título de la obra de Otho Casmann: *Psychologia antropologica, sive animae humanae doctrina*, el que mostraría una mayor insistencia en el 'valor mental', si no fuera que esa primera parte del tratado fué seguida por una segunda, cuyo título reza *Somatotomia*, dirigida hacia el estudio del aspecto corporal.

Indudablemente, los impulsos que trajeron la formación de una disciplina, con el nombre 'Antropología', que se consagrara a la consideración de la 'naturaleza humana', obedecieron desde el primer instante a la necesidad imperiosa de abordar ambos aspectos, el corporal y el espiritual, aunque no con la mira de separar las dos ramas a guisa de antítesis, sino —por el contrario— con la de realizar una síntesis que redujese a unidad los aparentes contrastes entre los hechos anatómicos y fisiológicos por una parte, y la *psiquis* y la *dignitas* por la otra.

Y es que el clima del Renacimiento, propicio más que ningún otro para la asociación armónica de las diferentes ramas del saber, no había sufrido aún la influencia de aquel 'divisionismo' científico que más tarde separaría tan agudamente una de otra las diversas disciplinas, después de ensayar una suerte de movimiento de báscula entre las intuiciones del Mundo como mera emanación espiritual o como pura materia.

El que introdujo el término 'Antropología' en la filosofía alemana, donde conservaría su papel nomenclatorio en el período de Fichte, Hegel y Schelling, para reaparecer en nuestros días depurado y sistematizado en las obras de Max Scheler (pero siempre en su aceptación puramente psicológica), fué el mismo Immanuel Kant (1724-1804) en su escrito de 1798: *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*. Nótese que el término había sido ya adoptado en 1791 para indicar una de las secciones del curso de filosofía que Kant dictara ese año en la Universidad de su ciudad natal, el que fué dividido en dos partes: en el invierno trató la 'Antropología' y en el verano la 'Geografía física'. Tengamos presente que la palabra Antropología no aparece en la intitulación de los trabajos que Kant dedicara a las distintas *Razas del Hombre* (1775) y a *La noción de Raza Humana* (1785), los que no son —por supuesto— tratados raciológicos, sino ensayos impregnados del pensamiento teleológico que fué característico de esta época del filósofo de Königsberg.

Pero en esos mismos años del final del Setecientos la palabra Antropología tomaba otra dirección nomenclatoria, la que concierne a las características corporales utilizables en sentido naturalista. Blumenbach, en 1795, fué el primero en adoptarla en su acepción exclusivamente corporal, seguido por Ru-

dolphi y luego por el tupido grupo de los antropólogos franceses de *l'École*. Cien años más tarde, en 1875, el empleo naturalista aparecerá tan legítimo y exclusivo, que Topinard llegará a escandalizarse de que el término se encuentre a menudo '*plus ou moins détourné de son acception*', y después de afirmar que 'designa, sin que otro pueda reemplazarlo, una ciencia tan definida, tan ligítima como la química, la astronomía, etc.', pasará a definirla mediante su conocida fórmula unilateral: 'La Antropología es la rama de la historia natural que trata del Hombre y las razas humanas'.

2. — Después de un penoso camino, hemos vuelto en este Vigésimo Siglo a la antigua comprensión integral de 'lo Humano', la misma —en cierto sentido— que afloraba en los autores del Renacimiento. Lejos de insistir en la rivalidad entre los 'filósofos' y los 'naturalistas', hemos comprendido que la adquisición de un profundo conocimiento del Mundo y de la Vida será empresa realizable sólo a condición de que se vuelva posible una armonía de orden superior.

Tal síntesis, sin embargo, de ningún modo debe ser conseguida de manera apriorística, mediante el empleo de métodos deductivos. Se mantiene, por consécuencia, la antigua división de la Antropología que fuera ya esbozada por Casmann en la intitulación de las dos partes consecutivas de su tratado: *Psychologia* y *Somatotomía*, la que fué señalada luego por cientos de autores mediante la adopción de dos términos nomenclatorios colocados en oposición recíproca, los cuales se derivan de modo directo de las antinomías *soma* y *noos* (el cuerpo y la mente), *physis* y cultura, zoología y moral. He aquí reunidas las diversas fórmulas de esta clásica terminología, en los Autores principales de los últimos cien años:

1839 W. Fr. Edwards	'lo físico'	'lo moral'
1866 Paul Broca	<i>Anthropologie zoologique</i>	<i>A. Descriptive ou Ethnologie</i>
1881 E. B. Tylor	<i>Physical Anthropology</i>	<i>Cultural Anthropology</i>
1892 D. G. Brinton	<i>Somatology</i>	<i>Ethnology</i>
1901 R. Martin	<i>Physische Anthropologie</i>	<i>Psychische Anthropologie</i>
1922 G. Buschan	<i>Physische Anthropologie</i>	<i>Ethnische Anthropologie</i>

1923 A. L. Kroeber	<i>Physical Anthropology</i>	<i>Cultural Anthropology</i>
1927 R. Anthony	<i>Anthropologie physique</i>	<i>A. Culturale</i>
1927 Dr. Ragnault	<i>Bio-anthropologie</i>	<i>Noo-anthropologie</i>
1934 A. C. Haddon	<i>Human biology</i>	<i>Cultural Anthropology</i> ( <i>Ethnology of some writers</i> ).

Nótese en este prospecto la apostilla que Haddon cree necesario hacer seguir a su término *Cultural Anthropology*, para advertir que otros autores continúan llamando a esa rama *Etnología*. El cambio de denominación adoptado por Haddon, ya preconizado por Tylor, respondía a la necesidad de evitar las confusiones que se derivaban del empleo de la palabra Etnología en los pueblos de lengua inglesa, los que con ella indicaban, en general, todo el conjunto de las 'ciencias del Hombre'. La palabra Etnología había ocupado el lugar de Antropología en Inglaterra, ya sea en los títulos de disertaciones, ya en la denominación de las sociedades científicas: véase la *Ethnological Society* de Londres.

Si uno quiere saborear la atmósfera de indecisión categórica que reinaba en virtud de tales confusiones nomenclatorias (las que siempre son prueba de escasa claridad discernitiva), será suficiente que medite la famosa oración de Nott en sus *Types of Mankind*, Londres, 1854, 'El término Etnología es generalmente empleado como sinónimo de Etnografía, y significa la historia natural del hombre'. Difícilmente podrá imaginarse un entrevero más desaprensivo de conceptos arbitrarios en una oración tan breve. Con la perífrasis 'la historia natural del Hombre' se designa evidentemente a la Antropología —observa Topinard— con lo que tenemos que Etnografía sería igual a Antropología (última parte de la oración de Nott); pero antes ha dicho en forma explícita que decir Etnología es como decir Etnografía (primera parte de la oración); de donde resulta que ¡serían sinónimos las tres palabras Etnología, Etnografía y Antropología!

También merece consideración especial la nomenclatura de Broca, en lo que concierne al segundo término *Anthropologie descriptive ou Ethnologie*, para destacar que el Autor comprendía en ella no solamente los caracteres intelectuales, morales y sociales que corresponden a los grupos menores de la humanidad, sino, en primer término, los anatómicos y fisioló-

gicos, con lo que la Etnología de Broca —y de todos los autores franceses del período clásico— fué una denominación particularmente inexacta y contradictoria, tanto que Topinard se redujo a predicar su abandono.

No hay quien esté dispuesto a disminuir la importancia de Paul Broca en el desarrollo de nuestra ciencia, pero es necesario reconocer que sus méritos no residen por cierto en la claridad de la repartición nomenclatoria (igual inconsistencia encontramos en los términos adoptados por otro gran antropólogo moderno, Rudolf Martin, como veremos en breve).

3. — Nuestro empleo de los términos anteriormente ilustrados de ningún modo podría apartarse de las proposiciones que siguen, derivadas a su vez de la atenta consideración de sus etimos, de su aplicación histórica y de la clara visión del panorama de la Ciencia del Hombre y sus particulares objetivos:

1º la confusión entre Etnología y Etnografía resulta imperdonable, cuando se medite que —por el uso general— los términos compuestos con —*grafía* indican ciencia descriptiva, mientras los compuestos con —*logía* indican la ciencia general.

2º las definiciones corrientes en lengua francesa, sintetizadas en la fórmula de Van Gennep (1914): “La Etnología es la ciencia de los parentescos entre los grupos humanos, entendida como disciplina física”, no tienen en cuenta el verdadero significado de la palabra *Ethnos*. Si los diccionarios griegos, (tomemos el de Alexander, consultado por Montandon) explican el sustantivo por ‘pueblo, raza, clase de hombre, tribu, sexo, género, especie, parte, provincia’, no hay que olvidar por ello que la acepción ‘raza’ en el sentido naturalista moderno no podía ser concebida por los Helenos, y debe ser entendida en su valor de ‘pueblo’; así lo confirma su derivación del concepto de ‘costumbre’, ‘uso’ y ‘consuetud’ (subst., verbo, etc.).

3º con el fin de establecer más sólidamente el sentido de términos como *étnico*, *etnológico*, etc., y diferenciarlos de los otros *racial*, *raciológico*, etc., es conveniente considerar la designación *etnia* propuesta por el Dr. Regnault en el Congreso Antropológico de Amsterdam, 1927, y aceptada con fina intuición discriminativa por Montandon, Poisson y otros.

La *etnia* fué presentada por Regnault como agrupación

nóo-antropológica, en oposición a la *raza* que es agrupación bio-antropológica, y ello fluye de la premisa que consiste en haber subdividido la Antropología —como aparece en nuestro prospecto— en las dos grandes ramas que conciernen al hombre físico y al hombre mental. Surgieron a propósito de la palabra muchas discusiones, algunas ociosas por completo, las que si por una parte no impidieron que en los escritos de los últimos quince años el concepto y el término 'etnia' encontrase un terreno acogedor, solicitaron por la otra siempre más fino discernimiento en su empleo.

Para nosotros no tiene importancia que una etnia comprenda o no a uno de los grandes grupos culturales que llamamos naciones: etnia francesa, etnia rusa, etc., como algunos exigen. Bien puede ser limitada a una unidad mucho más insignificante, sin hacer hincapié en su 'densidad' cultural: por ej. una simple aldea o clan, una tribu, una región, etc. Únicamente se requiere que la entidad sea considerada 'de modo concreto', tal como se ofrece al observador en la realidad actual de sus asociaciones patrimoniales, y que presente una unidad fácilmente reconocible. El término 'etnia' fué adoptado en su primer tiempo para distinguir la fenomenología racial de la cultural, contra la inveterada tentación de englobar a los dos conceptos Raza y Pueblo en una sola cosa. Pero ahora que este grosero equívoco ya no es peligroso, se nos presenta la exigencia de prevenir otra confusión más difundida, esto es, apartar la individualización de los distintos modelos culturales que penetraran en un ámbito determinado, del estudio de las elaboraciones funcionales y ambientales que con aquellos elementos terminaron por construir un patrimonio local, más o menos original y armonizado. La primera indagación concierne al reconocimiento de las Culturas, entidades abstractas que juegan sucesivamente su papel en el desarrollo de un pueblo, la segunda a la descripción concreta de su Etnia, tal como se encuentra. (Esto no excluye que sean bien logradas algunas de las etnias de las grandes naciones políticas, aunque no puede decirse de todas).

Este asunto, que por su importancia rebasa los límites de una pura cuestión de nomenclatura, nos obliga a una dilucidación menos embrionaria del punto de vista sostenido.

De un modo general, puede decirse que todas las ciencias de la rama cultural tienen por base una sola clase de materiales, constituida por los bienes de la vida económica y fabril, social y mental; en una palabra que la *substancia directa* es siempre el 'patrimonio'. Distintas, en cambio, son las *finalidades* y la *elaboración*. Apartando las investigaciones de carácter puramente informativo y descriptivo, que desempeñan el papel de la recolección de datos (*Etnografía* por lo que concierne a las convivencias naturales vivientes, *Prehistoria* y *Arqueología* a las desaparecidas y *Folklore* a las formas que sobreviven en las naciones cultas), nos encontramos con el doble cometido ya mencionado más arriba, de la indagación de la vida de las Culturas y la de las Etnías, que son ambas operaciones de carácter filosófico y legiferante. De la primera ya conocen los lectores no sólo las finalidades generales, sino también el desarrollo y los métodos. (v. *Epítome de Culturología*, Humanior, serie A, t. I).

En cuanto a la segunda, ella reposa en la certidumbre que en todos los lugares de la tierra la observación ha averiguado la formación de particulares procesos culturales, cuyo efecto último es la consecución de un aparato patrimonial específico, que domina un ámbito determinado. Ya le interesa en menor grado —a la Etnología— por cuál camino llegaron a este espacio los elementos que forman su base, o a qué cultura fundamental pertenezcan, porque su atención se halla despierta para seguir los cambios funcionales que cada elemento ha sufrido, y descubrir en qué medida hubo rechazos y elecciones, o invenciones nuevas de tipo local, o adaptaciones en la construcción, materia, aplicación, etc., determinadas por la naturaleza ambiental o, todavía en mayor escala, por la insurgencia de una sinergia ligeramente u hondamente innovadora. Existen, sin duda, variaciones innumerables en lo de la energía de tales facultades de modificación y adaptación, y se conocen, por cierto, abundantes ejemplos que revelan una pasividad asombrosa, siendo que muchos pueblos conservan casi invariado el patrimonio original, mientras otros lo han perdido por efecto de reducciones progresivas. Pero el hecho más común es el opuesto. Por medio de delicados mecanismos que toman generalmente el aspecto externo de agresiones y subyugaciones, y otras veces

de lucha religiosa y comercial, o de simple prestigio, las formas de vida localmente establecidas tienden a la dominación de un círculo territorial de mayor amplitud. (Es el mismo impulso que revelan todas las entidades provistas de vida, a partir de la célula y siguiendo hasta el tejido, el individuo y el grupo: en primer tiempo el esfuerzo de superar las amenazas que ponen en peligro su propia existencia; luego de haber consolidado su adaptación a guisa de *optimum* relativo, las fuerzas vitales acumuladas se vierten en esferas externas de siempre mayor grado). En sentido teórico, la historia de tal proceso en ningún momento puede considerarse terminada, y no existe una *etnia* de tal o cual dimensión y constitución que pueda considerarse el patrón definitivo. He aquí el fundamento de nuestra anterior advertencia, que no se consideran como tales sólo a la *etnia* francesa o la rusa, etc., sino también a los núcleos representados por un ámbito regional y tribal: lo interesante es, en cada caso, no ya la determinación del resultado contingente, sino la indagación de los impulsos, asociaciones y reacciones que lo configuran.

El 'hecho etnológico' en resumen, es la formación de tales organismos, y finalidad de la *Etnología* delinear las leyes que lo gobiernan y que han presidido a su nacimiento y mantenimiento, o lo han hecho imposible. En este sentido decimos que su objeto específico es la *etnia*.

4. — Al adoptar en nuestra nomenclatura (que aparece en el cuadro sinóptico del introito o prolusión, §5) los términos *Antropología biológica* y *Antropología cultural*, no lo hemos hecho con ligereza, sino después de maduro examen de todos los que han sido propuestos para designar a las dos grandes ramas de la Antropología.

En cuanto a 'Antropología cultural', ya propuesto por Tylor y adoptado luego por Haddon y Kroeber y por todos — en general — los norteamericanos, no necesita esfuerzo alguno para destacar su justeza. En lo que concierne a 'Antropología biológica', sus antecedentes, menos antiguos, se remontan apenas a Regnault y Haddon. Por cierto el adjetivo *biológica* presenta mayor grado de exactitud con respecto a los que fueron usados durante el Ochocientos: *zoológica*, *somatoló-*

*gica* y *física*. Este último es el más generalmente empleado, pero las modernas corrientes del estudio raciológico de ningún modo se proponen descuidar las indagaciones que tienden a dilucidar ciertos factores, como el coeficiente dinámico y la caracterología de los grupos humanos, los cuales iluminan aspectos interesantes de la sinergia surgida en su seno, que es, a su vez, la clave para explicarnos tanto la historia interna del grupo examinado, como la externa o de circulación geográfica. Ahora bien, el concepto incluido en el adjetivo *física* es tan estrecho que no habría lugar en él para la indagación de tales esencias extrinsecaciones vitales. Dígase lo propio del adjetivo *somatológica*; en cuanto a *zoológica*, su unilateralidad es aún más angustiosa. Indudablemente el concepto de la Vida es el que encierra todas esas componentes de la manera más apropiada y en el término *Antropología biológica* la intención 'funcional' cobra singular evidencia, mientras el vocablo *física* se limitaba a no excluirla; *somatológica* y *zoológica*, a su vez, solamente incluían a la descriptiva.

5. — En una mirada de conjunto, la Antropología (término que por su etimología y el uso constante de cuatro siglos y medio significa 'la Ciencia del Hombre') muéstrase repartida en cuatro principales ramificaciones, que a su vez constituyen 'las ciencias del Hombre'. La manera más apropiada de definir el cometido de estas ramas, es la de fijar sus objetos propios, cada uno de los cuales puede ser evocado por medio de una sola palabra: sucesivamente (es decir, en el orden convencional) la *Descendencia*, la *Raza*, la *Cultura* y la *Etnia*. Nombres de esas cuatro disciplinas son, respectivamente: *Antropogonía*, *Raciología*, *Culturología* y *Etnología*. Las dos primeras guardan mayores vinculaciones con aquella antigua sección o rama de la Antropología, que desde el siglo XVI hasta hoy ha sido designada con los calificativos: *física*, *zoológica*, *somatológica*, etc., y que merece otro más comprensivo y apropiado: *biológica*. Las dos últimas, en cambio, se relacionan más estrictamente con la antigua rama denominada *moral*, *psíquica*, *ética*, *intelectiva* (nóos), y que nos ha convenido designar como Antropología cultural.

No tengamos la ilusión de que tal repartición corresponda realmente a la naturaleza humana, como podría pensarlo to-

da mentalidad irremediabilmente deformada por el hábito de la escuela. El hombre es una Unidad, y el problema del hombre constituye la unidad de las incógnitas particulares representadas por las disciplinas que las investigan. Esto lo han comprendido los Autores más agudos, y han dejado testimonio de ello; pero ninguno ha dado razones suficientes del armazón que se ha edificado y la distribución de materias que se han establecido. Para mí es evidente que tienen su finalidad y explicación en dos órdenes de relaciones. La división primaria de la Antropología en las dos grandes ramas Biológica y Cultural responde a la conveniencia metodológica, mientras la división de los cuatro objetos Descendencia, Raza, Cultura y Etnía, obedece a la repartición concreta de la incógnita central, constituida por los fenómenos humanos.

En cuanto a la repartición primaria, no es del gusto y preferencia mental de este siglo insistir en la oposición entre 'cuerpo' e 'intelecto', la que tuvo para nuestros antepasados un valor fundamental, y es fórmula representativa de su intuición de la vida, artificiosamente exagerada —a nuestro sentir— en lo del dualismo que la anima. Este dualismo pudo superarse fácilmente cuando logró clasificarse la segunda porción como esencialmente *funcional* y la primera como *orgánica*. Poca utilidad tendríamos hoy en conservar la oposición, a guisa de términos antinómicos, entre el Hombre como organismo y el Hombre como actividad, y tanto menos en referir la primera al 'reino zoológico' y la segunda al 'humano' propiamente dicho, o intelectualivo. En realidad, la persistencia de las dos ramas como entidades distintas puede ser defendida —además que en su significación histórica, o de continuidad especulativa— por la conveniencia que se deriva del empleo de resortes metodológicos dispares.

Tampoco merece un lugar predominante la distinción entre el Hombre 'como individuo' y 'como sociedad', de donde procede la artificiosa oposición de *Anthropos* a *Ethnos* y la exagerada generalización y predominancia del término Etnología, cultivadas por ciertos Autores, especialmente los franceses e ingleses, durante el período de confusión nomenclatoria.

Por lo que concierne al 'cometido', ya se ha visto suficientemente que tanto la Antropología filética (*Antropogonia*)

como la raciológica (*Antropotáxis*) tratan relaciones claramente colectivas, y la misma Ontogénesis (que comprende sendos capítulos conexos con ambas) no puede ser considerada una investigación absolutamente individual, sino comparada, filética y racialmente. Por otro lado, resultan vanos los esfuerzos tendientes a legitimar esta diferencia con el apoyo de una imaginaria distinción entre el sentido original de los vocablos *ἄνθρωπος* y *ἔθνος*, puesto que el primero tiene en lengua griega empleos colectivos clásicos, como en la frase platoniana *ἐξ ἀνθρώπων* 'en el mundo', y la ya citada aristotélica *οὐκ ἀνθρωπόλογος*... 'ningún conocedor del Hombre...'

6. — Superando, por fin, la preocupación puramente nomenclatoria, y abordando la esencia misma de los problemas de correlación interior de la Ciencia del Hombre, lo que puede definirse como 'merología' de la incógnita unitaria, tendremos que distinguir la distribución de los objetos y sus interrelaciones.

Existen en la humanidad agrupaciones naturales que responden a íntimas vinculaciones de carácter zoológico, y son las Razas primarias, derivadas y mestizas. A su lado se distinguen otras agrupaciones vinculadas con las costumbres y los 'bienes' de la vida material, social y mental, y son los Patrimonios. Las segundas guardan conexiones más o menos intensas con las primeras agrupaciones, pero no absolutas, de guisa que sus áreas de distribución no coinciden necesariamente con las del mapa racial. Existen, en tercer lugar, otras agrupaciones cuyo contenido es el lenguaje, y su origen es a un tiempo natural e histórico; sus áreas coinciden en forma más o menos imperfecta con las grandes áreas mundiales de razas y patrimonios, con graves anomalías en la distribución de las áreas menores. Existen luego agrupaciones que obedecen a la afinidad categórica de la Religión, la Música, las Artes plásticas, etc., pero estas se consideran involucradas en la definición general de los Patrimonios, aunque —en realidad— lleguen a merecer sendos casilleros, cuando se perfeccione el conocimiento genérico y circulatorio de las varias formas o *phyla* de fenómenos investigados por la Hierología, Musicología, Historia del arte plástico, etc.

Se presenta, pues, la posibilidad de dos enfoques distintos al investigador de los hechos culturales.

Si su propósito consiste en la captación de nexos concretos tal como se ofrecen a la directa percepción del viajero, tendremos la descripción de una zona X, Y o Z, delimitada por fronteras variables, que pueden ir desde el pequeño sector ocupado por una tribu hasta un ámbito regional o corográfico; descripción que consiste en el estudio de los fenómenos patrimoniales que son peculiares del círculo delimitado por el investigador (cometido del etnógrafo), sin excluir que de la simple descripción se pase a escudriñar las relaciones internas, de espacio y sucesión, que han dado lugar al panorama presente, que a su vez puede ser ampliado continentalmente (cometido del etnólogo). Si en cambio se persigue el entendimiento global de cada una de las componentes patrimoniales que han entrado en juego, consideradas como entidades autónomas, capaces de manifestaciones vitales tales como circulación, sucesión y dominación de espacios y gentes (hechos que la descripción e historia de los pueblos nos presenta a cada instante), es menester que su atención supere los nexos actuales, contingentes, y se dedique a operaciones mentalmente más complejas, de radio notablemente más amplio. Esto es hacer Culturología.

Nótese que de ningún modo la distinción puede basarse en el grueso del escrito (un folleto o una serie de volúmenes) ni en el diámetro del sector estudiado (una aldea o la misma Ecuémene). Siempre se trata de 'monografías', cuando se investigan sectores más o menos latos de carácter topográfico o corográfico (lo ideal sería abrazar una *Etnia*: la etnia macedonia, la etnia algonkín, etc.). También del lado culturoológico puede haber monografías (la dispersión del arco chato, las áreas del taladro de correa para encender fuego, etc.), así como del raciológico (las mestizaciones indio-africanas en América, la distribución de los restos de poblaciones fuéguidas en la costa del Pacífico, etc.).

Lo que en realidad distingue una de otra a las dos categorías de investigaciones, es la posición que toman frente a la manifestación más imponente de la vida humana en el globo, que consiste en su poder de circulación sobre la superficie del

planeta, verdadera clave para deletrear el palimpsesto racial, el patrimonial y también el lingüístico.

7. — De nuestro planteamiento se deduce que las clasificaciones corrientes de las Ciencias del Hombre, incluso la que brindamos en nuestra prolusión, no logran satisfacernos por completo, y su tolerabilidad se apoya por una parte en la tradición y por la otra en las limitadas condiciones de desarrollo alcanzadas por algunas disciplinas, hasta hoy.

La clasificación de mañana, según mi opinión, deberá basarse principalmente en la discriminación del grado de 'universalidad' o 'particularidad' que distingue a cada ciencia, y formular las dos categorías que indico en forma esquemática:

Raza	(	CIENCIAS DE LA 'CIRCULACION'	)	(	CIENCIAS DEL 'ARRAIGO'	)
Patrimonio		Constitución, ubicación, dinámica,			recepción, aclimatación. modificación, armoniza-	
Lengua		migración, dispersión.			ción.)	

El lector habrá observado que en este esquema ternario atribuimos al factor 'lengua' una importancia que está muy lejos de tener representación adecuada en el prospecto clasificatorio, binario, de la Prolusión. Esto me impone que explique tal anomalía.

Diré que, obedeciendo a mis íntimas convicciones, habría trazado aquel prospecto en la forma que sigue, y reconocido no 4, sino 6 objetos o 'hechos antropológicos':

ANTROPOLOGIA (genus)		
A. BIOLOGICA (sp.)	A. CULTUROLOGICA (sp.)	A. GLOTOLOGICA (sp.)
Antropogonía (la Descendencia)	Culturología (la Cultura)	Glotología (la Familia)
Antropotaxis (la Raza)	Etnología (la Etnía)	Lingüística (el Idioma)

Si así no lo hice, no fué por afán de mantenerme a toda costa obsecuente al canon binario transmitido por nuestros ma-

yores, sino en vista del deficiente desarrollo de las ciencias del lenguaje para los fines de la clasificación mundial. Muchos laureles ha recogido la lingüística en el curso del XIX siglo y lo que va del corriente, pero no ha sido por cierto la rama clasificatoria la que en los últimos tiempos ha realizado mayores progresos.

Después de los éxitos brillantes del Ochocientos, especialmente en lo que concierne a la familia Indo-irano-europea, llamada también Ariana, y en grado menor a la familia Semítica, hemos visto a los lingüistas alejarse paulatinamente del trabajo de clasificación, siempre mayormente atraídos por el problema psicológico del lenguaje. El hecho cierto es que cuando A. Trombetti, en el principio de este siglo, se propuso delinear el cuadro mundial de idiomas, tuvo necesidad de llenar sus grandes lagunas mediante el apoyo del criterio de raza y patrimonio. Eligió Trombetti, con poca suerte, sus guías entre los raciólogos y etnólogos más discutibles (como lo demuestran los capítulos de *Glottología* dedicados al poblamiento de América), pero su caso no es menos explícita comprobación de que con las lenguas no se puede actualmente fundar una doctrina explicativa del panorama humano.

Se enorgullecen los lingüistas, y con justicia, de las verdades adquiridas por el estudio de las vinculaciones del idioma con el pensamiento y en general la vida psíquica de los hablantes, y con sutil ironía compadecen la situación 'angustiosa' de sus predecesores los cuales fueron esclavos de la 'tendencia naturalista'; *psiquis* contra *physis* ¡he aquí sobrados motivos para una prédica de tipo progresivo! Sin embargo, las relaciones genéticas de las lenguas del Africa que no sean arias ni semíticas en primer grado, y muchas del Asia, permanecen poco más que desconocidas, y en el Pacífico y América la interdependencia de las familias lingüísticas y su misma constitución representa un cometido gigantesco para los glotólogos de los siglos venideros.

Estando así las cosas, fácil es valuar la diferencia, en el grado y fuerza resolutive, con que la Glotología por una parte, y la Raciología y Culturología por la otra, pueden enfrentarse a sus grandes cometidos. Las dos últimas bien pueden seguir a los mongoloides y australoides por el espacio, junto con la

- expresión o el vestigio de sus patrimonios, mientras a la primera le está vedado aún establecer rigurosas vinculaciones intercontinentales.

Es cierto que se trata de condiciones temporáneas, circunstanciales, y no de una exclusión de orden fundamental y lógico. Es de esperar que los lingüistas se dediquen —con afán de cultura más humanista y ecuménica— a acortar las etapas de nuestra espera. Por el momento este nuestro segundo esquema, ternario, cumple la función de un ideal-límite.

## LECCION SEGUNDA

### LA RAMA BIOLÓGICA Y SU DESARROLLO

1. — Es tiempo ya de que apartemos la consideración del todo, para dedicarnos únicamente a la porción que este breve curso aborda en modo particular: la Antropología biológica.

Ya conocemos su jurisdicción, su problemario y las dos disciplinas en que se divide, cuyos objetos son respectivamente la *Descendencia* y la *Clasificación*. Pero el continuo aumento de los métodos de investigación ha venido creando una cierta cantidad de territorios científicos íntimamente conexos con el trabajo antropológico, lo que ha inducido a varios especialistas a presentar una repartición enriquecida de nuevas ramificaciones.

Por lo que atañe a nuestra conducta, no creemos necesario abandonar el criterio que nos ha asistido en la clasificación del panorama antropológico; también en la repartición de la Antropología biológica hemos de tener presente la identificación de los objetivos antes que la de los medios metódicos. En cuanto a estos últimos, preferimos reunirlos en un cuerpo consagrado exclusivamente a la Metodología, manteniéndonos fieles a lo establecido por Topinard y en parte ya por Broca y otros autores clásicos.

Tendremos, de este modo, cuatro partes así distribuidas:

- I. *Antropología biológica general*, que reúne todas las cuestiones de conjunto permanentes, de un modo concreto elaboradas por los medios metódicos puestos a nuestra disposición; merece cabalmente el nombre de Metodología.

- II. *Antropología filética* (Antropogonía), o doctrina de la Descendencia.
- III. *Antropología sistemática* (Antropotáxis), o doctrina de las Razas.
- IV. *Antropología aplicada*, que comprende las aplicaciones a la Clínica, Psiquiatría, Higiene, Ciencias Políticas y Morales, etc.

En esta breve sinopsis hemos de abordar el estudio de la Metodología, que forma la primera subdivisión. Ni la Raza, ni la Descendencia constituyen objetos propios de nuestro estudio, aunque a menudo se han de establecer puntos relacionados con ambos problemas, por la razón fundamental que el conocimiento de los métodos y técnicas de una disciplina general no puede alcanzarse de manera perfecta sin tener de mira el mecanismo funcional y eurístico respectivo.

2. — Surge espontánea la pregunta: “De las dos finalidades que constituyen el problemario de la Antropología biológica (la filética y la taxonómica), ¿cuál fué la primera en afirmarse, ya como cuerpo de doctrina, ya como curiosidad general del espíritu cognoscitivo?”

La contestación no es difícil, si se toman en cuenta las primeras manifestaciones de los pueblos que nos legaron documentaciones y restos.

Abundantísimo es el material gráfico y plástico procedente de las tumbas y templos del Egipto dinástico, apto para comprobar la fineza de observaciones raciológicas de sus artífices. Escenas pintadas que representan a prisioneros de distintos pueblos tomados por el ejército egipcio en las batallas contra las coaliciones que invadieron el valle del Nilo desde Libia o desde el Sinaí, episodios de las contiendas sostenidas para la posesión del país de los Sirios y los Khatti, escenas de caravanas o de familias semitas que llegaban al Nilo en migración pacífica, pinturas de tripulaciones mixtas (egipcios, negros y líbicos) a bordo de las embarcaciones que navegaban los canales del Delta, son todos motivos para que los artistas desplegaran sus conocimientos somáticos de los grupos raciales que mayores contactos tuvieron con la población del Nilo, también ella de carácter mixto, como se ha comprobado en nuestros días por

el examen de los restos óseos (Mac Iver, Oetteking, Sergi, etc.). Las representaciones pictóricas de las Dinastías XVIII y siguientes, luego también las estatuillas de barro de Menfis de la Dinastía XX, nos ofrecen un rico muestrario de tipos raciales, en el que por medio de los colores, del perfil (recuérdese la ley de frontalidad) o del modelado se logra una imagen suficientemente fiel de los caracteres fisonómicos, completada por la observación del peinado, el corte de barba y bigote, vinchas, pendientes auriculares y prendas de vestir. Preciosos bosquejos de las mujeres negras del Kush y de su impresionante adiposis nos brinda, con precisión objetiva el conocido bajorrelieve de Deir-el-Bahari.

Meticulosa es sobre todo la distinción del color cutáneo de los diferentes grupos raciales: negro intenso el hombre del Sur o africano p. d.; blanco el Líbico; amarillo el Asiático; en cuanto a los Egipcios mismos, su cutis se pintaba de color rojo. Indudablemente hay en esto algo convencional, porque los cuatro colores negro, blanco, amarillo y rojo, constituyen la peculiar expresión egipcia de la división cromática del espacio, generalizada en una amplia zona de cultura, en correspondencia con el Este, el Norte, el Oeste y el Sur. Cuál fué la primera, ¿la intención naturalista o la convencional? No podemos aquí desarrollar a fondo este problema; pero advertimos que el concepto de los sectores cardinales estuvo ensamblado desde su origen en el de diferenciación somática. En este lugar será suficiente reconocer que, si bien se advierte la tiranía de una convención en el uso de los 4 colores-tipos (¿por qué amarillos los Semitas de Microasia? ¿por qué rojos los ciudadanos egipcios?) hubo sin embargo otras representaciones menos convencionales, en que aparecen tintes cutáneos correctamente observados. Naturalista es sin duda el intento con que se distingue el color cutáneo de ambos sexos (rojizo el del varón, marfilino-glaucos el de la mujer).

En cuanto a Mesopotamia, he destacado en otro escrito la fidelidad con que los bajorrelieves y cilindros-sellos del período sumerio y acadiano muestran la conformación distintiva de ambas razas (rechoncha, braquisquélica, de cráneo globuloso la primera, e imberbe, más elevada de talla, macrosquélica,

de cráneo oblongo la segunda, y provista ya de la tupida 'barba semítica').

De la India antigua no nos llegaron imágenes plásticas (y muy probablemente no las hubo hasta tiempos relativamente recientes); pero en cambio la copiosa literatura religiosa y la épica nos han transmitido abundancia de caracterizaciones raciológicas. También en la India predomina el sentido del color cutáneo, que forma algo estrictamente conexo con la lucha entre los inmigrados blancos indo-europeos y los antiguos pobladores de la península, los negros Dasyas, que pertenecían al grupo dravidiano. Relictos filológicos de esa distinción son la palabra *varna* 'color', mejor vertida 'nuestro color', en contraste con *krišna* 'negro'. En el Rig-veda (libro I, himno 179) se habla de los 'dos colores' *ubxau varnau*, fundamento de la distinción posterior en 'castas', que es palabra introducida en el uso corriente por los Portugueses. La proporción de 'nuestro color' en cada una de las capas del pueblo fué el criterio disyuntorio de las que luego serán nombradas 'castas'; máxima en la clase sacerdotal, mínima en la última o de los 'intocables', y las prohibiciones de la unión con individuos de capas inferiores fué uno de los primeros ejemplos históricos del intento de conservatismo racial, a pesar de que cuando se sancionó tal prohibición, ya se había producido en vasta escala la mestización con el drávida, de tal manera que ningún 'indo-ario' estaba indemne. A pesar de la interdicción del contacto con el maldecido *krišna yoni*, se terminó por hacer amplio lugar al dios supremo de los pueblos conquistados; Krišna formó parte de la sincrexis religiosa de los poemas épicos, particularmente en los *Maha-Bharata*. Se reconocieron colores cutáneos intermedios, como el *asikni* 'oscuro'. Entre los apelativos dados a los pueblos de las castas ínfimas son dignos de nota *a-nasa* 'sin nariz' y *a-deva* 'sin dioses'; el primero, o 'ñato', contiene una clara alusión morfológica y fisionómica y el segundo una observación de etnografía religiosa, aunque más que de gente 'sin dioses' se trataba, en realidad, de tribus con cultos paganos incomprensibles para el ario.

De esos antecedentes es legítimo deducir que la antigüedad clásica tuvo un importante desarrollo del sentido discrimi-

natorio de las razas, cuando ningún asomo existía del planteamiento filético.

Pero ya mucho antes, en plena Edad paleolítica y mesolítica, abundan las representaciones humanas de impresionante fidelidad con respecto a ciertos caracteres que pertenecen a nuestro estudio: mujeres con peculiares conformaciones de senos y talle, hombres de variados cánones constitucionales, tatuajes, aderezos, etc.: en particular la distinción entre una conformación de mujeres de cuerpo esbelto y cara 'fina' y otra de cuerpo tozudo y polisárcico, sin descuidar a otras con esteatopigia.

Con mayor evidencia se revela el sentido raciológico de los actuales Bosquímanos del Africa Sud-occidental en los frescos de luchas entre su propio pueblo y los Bantu, ávidos de apropiarse el ganado; los personajes del primero, más pequeños, de distinto tinte cutáneo, provistos de arco y flecha, sin escudo, los cafres con su característico perfil facial, escudo y carcaj, arrojando los dardos con la mano.

Con justa razón ha sido vinculada la 'manera' de los frescos bosquímanos con los del Paleolítico de Europa, Pero —evidentemente— los primeros revelan no sólo una posesión más completa del arte de la 'ordenación' de las figuras en una escena, sino también una más fina observación de la figura humana peculiar de las distintas razas.

Resulta evidente que el afán de distinguir por sus caracteres fisionómicos (además que por las costumbres, armas, artefactos y aderezo) a los diferentes pueblos, constituye una actividad surgida en el espíritu del hombre muchos y muchos siglos antes que surgiese la idea de investigar la descendencia humana.

Heródoto, quien sintetiza las impresiones visivas recogidas en sus viajes reconociendo tres tintes cutáneos: el blanco, el negro y el mediano, repartiendo los flecheros Egiptos en dos sectores (el oriental con cabello liso, el occidental con cabello crespo), reconociendo el 'blondismo' de los Cimerios del Mar de Azof, y observando que en los cráneos sembrados en el campo de batalla de Platea se distinguían los de los Persas por sus paredes sutiles, y los de los Egipcios por su notable grosor, se

coloca en el primer plano entre los 'precursores' de la indagación raciológica, seguido por Scylax y Ctesias.

Hipócrates trata especialmente de las variedades humanas en correspondencia con 'los aires, aguas y lugares', e inaugura de este modo la escuela que hoy llamamos 'mesológica', la cual mira a explicar toda variación de los caracteres biológicos, y especialmente los del Hombre, mediante los 'influjos del ambiente'. Su aporte más positivo es la primera observación sobre los cráneos deformados.

Otras observaciones sobre las formas craneanas fisiológicas y las adulteradas por la plástica intencional hicieron en el Renacimiento André Vesalius (1513-1564) profesor de anatomía en las Universidades de Bolonia y Pisa, pero especialmente en la de Padua, luego Spigelius.

Todo lo aportado por la antigüedad, desde los más lejanos tiempos hasta el principio del siglo XIX, es —como se ha visto someramente— una serie de referencias y observaciones que atañen a la diversidad exterior de los grupos raciales, particularmente apreciada por medio del tinte cutáneo, el cabello y la barba. Orientación clasificatoria, en definitiva.

Un lugar de excepción merecen sin duda las tentativas de aquellos Autores que, aun no apartándose del intento clasificatorio, abrazaron con rigor más consciente y con mayor amplitud taxonómica el complejo humano, para colocarlo en el cuadro de los organismos vivientes (intento que luego abrirá la puerta al planteamiento filético). Fueron estos clasificadores del Hombre dos Autores colocados en ambos extremos del período que hemos mencionado: Aristóteles en su principio y Linné en su terminación.

Aristóteles (384-322 a. C.) fué el primero que colocó al Hombre en el seno de la gran familia animal, atribuyéndole el puesto más elevado y describiendo minuciosamente sus peculiaridades de organización distintivas (masa cerebral, actitud bípeda, raciocinio y lenguaje, sitio del corazón, etc.). No dejaré de hacer notar que cuando Topinard, característica mentalidad de la mitad del Ochocientos, celebra "*cette denomination d'Animal, qui est le point de départ de l'Anthropologie, sa pensée fondamentale*" y añade que Aristóteles "*était en avance de 20 siècles sur l'humanité*", mientras revela la exagerada intención

de la escuela francesa de su tiempo de borrar toda diferencia entre el hombre y los demás organismos (preocupación de orden íntimamente metafísico), por la otra comprueba no haber reflexionado que la palabra aristotélica ζῶν significa con exactitud 'ser viviente'; lat. *animans* 'ser que respira'; gr. ζῶν 'vida' de ζῆν (otras formas ζῶω y ζῶ) "vivir".

El médico y profesor sueco Linnaeus (1707-1778) es el celebrado autor del *Systema Naturae* (1735-1758), obra grandiosa en que realizó la clasificación de plantas y animales de toda la tierra con el auxilio de su característica denominación mediante dos términos (binaria o dicotómica), el primero que indica el género y el segundo la especie (*Rosa canina*, *Felis vulpis*, etc.).

Interesa vivamente el hecho que Linné estableciera un 'orden' especial, el de los Primates, para dar lugar en él al género Hombre (*Homo*) junto con los géneros *Simia* (Monos inferiores), *Lemur* (Lemuroides) y *Vespertilio* (Murciélago). Los monos superiores, o Antropoides, no entraban en el género *Simia*, porque les había dado lugar en el propio género *Homo*, segunda especie: *Homo sylvestris sive troglodytes*.

#### Genus *Homo* (LINNAEUS)

Primera especie, <i>Homo sapiens feras</i>	
„ „ „ <i>monstruosus</i>	
„ „ „ <i>Americanus, rufus</i>	
„ „ „ <i>Europaeus, albus</i>	
„ „ „ <i>Asiaticus, luridus</i>	
„ „ „ <i>Afer, niger</i>	
Segunda especie, „ „ <i>sylvestris sive Troglodytes</i>	

Las dos primeras variedades de *Homo sapiens* se refieren a hallazgos de individuos fugitivos, encontrados en las selvas embrutecidos (*Homo sapiens feras*) y a las conformaciones anómalas por estatura, construcción teratológica, etc. (*Homo sapiens monstruosus*). En la diagnosis de los cuatro 'grupos continentales' nótese que no sólo se trae el color tegumentario, sino también el 'temperamento': *Americanus*, 'bilioso'; *Europaeus*, 'pletórico' (*sanguineus*); *Asiaticus* 'melancólico' y *Afer*

'indolente'; luego el carácter: respectivamente, alegre, ardiente, grave, disoluto; los cabellos: rubios, oscuros, negros, y otras muchas observaciones fisiológicas y etnográficas, que pueden verse en la transcripción de 2 grupos:

*"Europaeus, albus, sanguineus, torosus; pilis flavescens; prolaxis; oculis caeruleis; levis, acutissimus, inventor; tegitur vestimentibus arctis; regitur legibus"*.

*"Afer, niger, phlegmaticus, lusus; pilis atris, contortuplicatis; cute holosericea, naso simo, labiis tumidis; feminis sinus pudoris, mammae lactantes prolaxae; vafer, segnis, negligens; ungit se pingui; regitur arbitrio"* (LINNAEI).

Es necesario convenir que, por razones históricas fundamentales, no podía presentarse a la curiosidad científica el planteamiento filético del grupo humano, antes que las doctrinas paleontológicas impusieran la evidencia de las transformaciones de los organismos, y el cundir de este nuevo enfoque está señalado por los libros clásicos de Lamarck (1809) y Prichard (1812-37).

Si queremos condensar en breves líneas la historia de nuestra disciplina, será conveniente adoptar el muy claro esquema del contemporáneo T. K. Penniman (1936), quien divide el amplio desarrollo en cuatro grandes períodos, en atención no ya a la duración de cada uno, en años, sino a la posición de los problemas y a su planteamiento:

- I. de la antigüedad hasta 1835 — *Formulary Period*
- II. de 1835 hasta 1859 — *Convergent Period*
- III. de 1859 hasta 1900 — *Constructive Period*
- IV. de 1900 hacia nosotros — *Critical Period*

En el *Período de Formulación* se encuentran no sólo los 'precursores' de la antigüedad, sino también los más esclarecidos especialistas del Setecientos: Buffon, que fué el primero en hablar de 'razas humanas', luego Blumenbach, Camper, Soemmering, etc.; aporte final del período es la profundización sistemática de los caracteres biológicos del Hombre, que de inmenso material caótico se transforman en un sólido problemario, esencialmente clasificatorio.

En el *Período Convergente* la elaboración paleontológica, ya madura por lo que concierne a los organismos del llamado 'reino' zoológico y el vegetal, imprime un nuevo aspecto al pro-

blemario humano: el filético. La posición predominante en el período anterior, que consistía en afirmar la estabilidad y firmeza de los organismos, admirablemente condensada en la oración de Linnaeus "*Tantas son las especies, cuántas fueron creadas en el Principio por el Ente infinito*", ya no podía tener valor ni para los demás organismos, ni para el hombre. Con el adjetivo 'convergente' quiere Penniman subrayar que durante esta segunda etapa se reúnen en un solo cuerpo las dos grandes incógnitas: la clasificatoria y la filética.

El *Período Constructivo* es el de los grandes maestros de la segunda mitad del Ochocientos, los cuales construyeron las bases del método y de las técnicas, y, sobre todo, las asociaciones antropológicas que debían transformar en caudalosa corriente científica los impulsos individuales del pasado; primera entre todas la *Société d'Anthropologie de Paris*. El venerando nombre de Paul Broca domina este activo movimiento como fundador de la *Société* (1859), luego de *l'École d'Anthropologie* (1876). A la iniciativa francesa sigue la inglesa con la transformación de la antigua Sociedad de Etnología en *Anthropological Society* (1863), con la que terminaba virtualmente la vieja diatriba entre Etnólogos y Antropólogos; luego las Sociedades de Antropología de Moscú (1866), Florencia (1868), Berlín (1869), Viena y Munich (1870), Wáshington (1879) y seguidamente Estocolmo, Lión, Bruselas, Tokio, Bombay, Petersburgo, Roma, etc.

El Período que se inicia en 1900 ha sido llamado de 'crítica' por el inteligente compilador del prospecto. Y es que —aun profesando el mayor respeto y veneración por los grandes investigadores del Ochocientos— este siglo vigésimo se ha enfrentado a la inmensa tarea de una revisión general de todos los métodos y resultados, en fuerza del imperativo categórico de restablecer en muchas direcciones investigativas el rigor de la crítica. Cuando releemos la literatura antropológica de final del siglo pasado, nos sorprende la ingenua convicción con que nuestros predecesores creyeron haberlo resuelto todo, lo humano y lo divino, de tal manera que si esas conclusiones no fueran pasibles de renovación, nada quedaría por hacer a los hombres de nuestra época. Fueron dados como axiomas —para citar dos ejemplos— que el hombre fuese el producto de la transforma-

ción de un organismo de actitud prona, relevado 'poco a poco' a la condición erecta, lo que ha sido demostrado un absurdo, de acuerdo a la ley de Cope; que las extremidades humanas pudieron adquirir su conformación partiendo de la de un antropoide, mientras las 'manos' de organismos de la era Secundaria (*Chirotherium* de Turingia) demuestran que la pentadactilia es condición muy antigua en el árbol de los mamíferos, y en cambio Gorila y Orango la han perdido irremediabilmente. Pero dos nuevos conceptos biológicos han invalidado en medida aún más intensa las prematuras conclusiones de nuestros antecesores: primero, el de *convergencia morfológica*, que ha desbaratado los cálculos estadísticos y combinaciones matemáticas en que se basaban ciertos ingeniosos juicios de seriación filética, y segundo, el *mecanismo de la herencia*, formulado en las leyes genéticas de Mendel, que ha hecho tocar con mano el carácter intelectualista y no 'experimental' de muchas afirmaciones antiguas sobre el lugar que pertenece a las varias razas humanas.

Gregorio Mendel, como es sabido, vivió mucho antes del final del siglo (1822-1884) y sus leyes fundamentales vieron la luz en publicaciones de 1865, pero tardaron varios lustros en ganar la atención de los laboratorios; por ello Penniman establece en el comienzo del Novecientos la fecha convencional de la renovación en las ciencias de la Herencia, matriz y base de la Genética contemporánea.

## LECCION TERCERA

### LOS METODOS DE LA ANTROPOLOGIA BIOLOGICA

Apartándonos, ahora, de la sucesión estrictamente cronológica, y abordando el interrogante: —¿Cómo surgieron y por cuáles impulsos, durante el largo desarrollo de nuestra disciplina, sus peculiares medios de investigación: métodos y técnicas? — diremos que algunos son tan antiguos como la humanidad misma, y otros tan recientes, que bien podemos afirmar que han nacido ayer.

Se impone, ante todo, agruparlos en las siguientes actividades:

- a) la vieja observación externa de los caracteres exteriores
- b) una corriente anatómica y anátomo-comparada
- c) una corriente craneológica pura
- d) las operaciones de leva militar
- e) el ejercicio de la clínica, de la psiquiatría, hematología, etc.
- f) los cánones artísticos.

Todas estas actividades, fueran o no directamente antropológicas, fueran de ciencia pura o aplicada, terminaron por constituir acumulaciones gigantescas de observaciones, luego capitalizadas y establecidas en sistema por el antropólogo. Algunas de tales agrupaciones sería imperdonable dejarlas sin una adecuada, aunque somera, mención.

La corriente anatómica ha tenido que superar una serie de dificultades prácticas que hacen su historia casi paradójica. Es sabido que la disección del cadáver no fué posible en la antigüedad, y el primero que la practicara en Occidente fué el sabio emperador Federico II, quien, a pesar de su autoridad política, debía sustraer los cadáveres como un vulgar ladrón y esconderse en las secretas torres de sus palaciones de Melfi y Palermo (en la década anterior a 1235), lo que no le evitó la excomunión papal y la acusación de ser el 'Anticristo'. En el período imperial romano el médico helenista Galeno, de Pérgamo (131-200 d. C.) había escrito sus monografías anatómicas sirviéndose de monos, así como otros anatómicos de aves y puercos, de cuyo examen deducían indirectamente la conformación humana. La paradoja consiste en que, por tal modo, la anatomía comparada nació virtualmente mucho antes que la anatomía normal.

Las primeras disecciones públicas fueron practicadas en Florencia por el anatómico Mundinus, en 1306 y luego 1315 (fueron verdaderos acontecimientos, y se operó con el cuerpo de dos mujeres). El pequeño y famoso manual de Mundinus *Anatomia... a capite usque ad pedes* fué seguido por obras complementarias, como los *Commentaria super Anatomiam Mundini* de B. da Carpi, y esas fueron las bases del conocimiento anatómico hasta la publicación de la *Fabrica humani corporis* de A. Vesalius, profesor de Padua, y de las tablas de Falloppio,

etc. Acaso la primera obra de anatomía comparada concerniente al hombre salió en 1699 en Cambridge, *Orang-Outang, sive Homo Sylvestris*, en la que su autor, el médico Eduardo Tyson, acomete la descripción comparativa del organismo de dos antropoides, de un mono y del hombre, deduciendo que el Chimpancé (por él y por sus antecesores llamado 'Pigmaeus') representa el *trait d'union*. La actividad anátomo-comparada inglesa brindó en 1816-18 la obra notable de sir William Lawrence sobre la *Anatomía comparada, fisiología, zoología e historia natural del Hombre*.

A estos precursores siguieron las obras sistemáticas del período más reciente, entre ellas las de Buffon (1749) y Cuvier (1812).

El desarrollo de la craneología pura debe considerarse iniciado con las *lineae cephalometricae de Spigelius* (Amsterdam 1645), que eran en substancia cuatro diámetros: I, diámetro facial, de la frente al mentón; II, transversal, medido entre las sienas; III vertical, del *Vertex* al agujero occipital y IV, oblicuo, del *Vertex* al apófisis mastoidea. La igualdad de esas líneas era prueba de redondez cefálica y buena proporción; todas variaciones en longitud, anchura y altura se consideraban perturbaciones.

En 1764 Daubenton, colaborador de Buffon y Cuvier, publica su estudio sobre las diferencias en la disposición del agujero occipital (*foramen magnum*), el que en el hombre es horizontal y ocupa el centro de la cara basilar, mientras en los monos se desplaza hacia atrás, y en los carnívoros termina por orientarse verticalmente.

A esta primera monografía craneológica comparada siguió la célebre disertación de Blumenbach *De generis humani varietate nativa* (1775), luego la disertación de Peter Camper (1791), cuya publicación fué póstuma, *Sobre las diferencias del rostro en los hombres de distintos países, etc.*, especialmente dedicada a los artistas, en la que se plantea el problema de la orientación del cráneo en un plano horizontal, y el valor comparado del famoso 'ángulo facial'.

Amplio fué el desarrollo de las observaciones comparadas a empezar desde el tercer cuarto del Setecientos, pero dos

son las obras que señalan el grado alcanzado en el período siguiente por la craneología: las *Decades craniorum* de J. Federico Blumenbach y las *Crania suecica antiqua* de Gustav Retzius.

En la primera (1790-1826), Blumenbach no sólo continúa aprovechando el perfil facial, sino introduce la valoración de los caracteres distintivos de la *norma verticalis*, aunque sin dar medidas de la misma. A Gustav Retzius pertenece el mérito de haber fundado el índice horizontal, con la consiguiente discriminación entre 'dolicocefalos' y 'braquicefalos', que, puntualizando las observaciones de Blumenbach mediante un aparato métrico sistemático, debía abrir el camino hacia la craneometría moderna.

En tercer lugar hemos mencionado las operaciones de la leva militar. Según el testimonio de Vegetius, los Romanos ya tenían establecido un sistema de medidas corporales.

Vegecio (Flavius Vegetius Renatus), autor de una *Epitoma rei militaris*, florecido antes del final del IV siglo E. V., nos dejó constancia de las mediciones antropométricas practicadas por las autoridades del ejército romano en las operaciones de leva militar. No sólo se trataba de excluir a aquellos individuos que presentaban condiciones corpóreas inferiores al límite establecido como minimum, sino de repartir las personas idóneas en los distintos cuerpos y servicios del organismo militar, de conformidad especialmente con la estatura, el desarrollo del tórax y el muscular.

Con buen derecho ha podido afirmar en nuestros días el Profesor Ridolfo Livi, autor de un breve y apreciable manual de técnica antropométrica, que 'la práctica de las mediciones humanas ha tenido comienzo desde el primer momento en que fueron establecidos ejércitos regulares'.

Las operaciones de leva militar —por otra parte— han brindado y brindan actualmente al antropólogo un importante caudal de datos métricos, que ha sido abundantemente explotado con el fin de reconocer las condiciones corpóreas de un pueblo. Se trata, naturalmente, de un conjunto de mediciones simples y escasas, aunque siempre fundamentales, limitadas además al sólo sexo masculino; en compensación debe considerarse el inmenso número de los individuos examinados, que prácticamente engloba a todos los jóvenes de veinte años.

Otra fuente de mediciones corporales fué la necesidad, que desde los más antiguos tiempos del mundo clásico sintieron los artistas plásticos, de observar en la realización de sus obras las proporciones propias del organismo humano.

En realidad, se ha averiguado después que el concepto de belleza de ninguna manera es natural y absoluto, sino relativo y social, de manera que debía fracasar todo intento de objetivación positiva. Lo que hicieron los antiguos pintores y escultores fué, más rigurosamente definido, la observación métrica de ejemplares humanos previamente elegidos de acuerdo con el ideal de belleza que fué peculiar de cada época.

Con casi idénticas palabras lo define Charles Richer (1895): "Se trata, simplemente, de la realización, la *mise en formule*, si se quiere, de un ideal de arte, esto es, de la idea que un autor se ha formado de la belleza física. Ahora bien, el ideal varía según los artistas, y cada uno, siguiendo su temperamento y su genio, crea su propia fórmula". Estas observaciones, sin embargo, son mayormente válidas para los artistas de los tiempos modernos, que gozan de ilimitada libertad individual, mientras los antiguos seguían con una cierta ingenuidad la creencia que existiese un tipo ideal, y necesitábase definirlo mediante fórmulas estrictas.

La más remota antigüedad nos ha legado algunas de tales fórmulas, o modelos, que son conocidos con el nombre de *cánones*. Todos ellos están contruídos de acuerdo al principio que convenía elegir un diámetro fijo y fácilmente estimable, de alguna parte del cuerpo humano, al cual se asignaba la función de unidad de medida, de manera que, multiplicándolo por ciertas cifras conocidas, diese las medidas corporales perfectas. Ese diámetro se llama *modulus*, y por su naturaleza es tanto más conveniente, cuanto más breve.

Módulo de los escultores de Egipto del imperio medio fué la largura del dedo medio. Multiplicado por 19 daba la estatura; por 3, la altura cabeza-cuello; por 8, el largo de las extremidades superiores, por 10, el de las inferiores, del suelo hasta el pubis. Es conocida por todos la piedra en que se encontró registrado este canon, descubierta por el egiptólogo Lepsius en 1852. La escena, menos conocida, y que fué encontrada en una tumba, ha sido interpretada por Máspero como la *mise au*

*carreau*, es decir, el artificio empleado para el transporte de un dibujo del bosquejo a la pared. Sin embargo me parece aun más apta para mostrar cómo se realizaba un dibujo académico de acuerdo al canon (nótese que cada uno de los pequeños cuadrados tiene los lados iguales al módulo, y 19 de ellos están comprendidos en la altura de los personajes, 3 en el conjunto cabeza-cuello, 10 en la pierna, etc.).

El canon que tuvo mayor empleo en Grecia fué la altura de la cabeza. Los escultores de la época primitiva (Siglo VI) modelaron figuras humanas alargadas; ejemplo característico es el *Apolo de Tenea*, que sigue el canon de 8,5 cabezas. El V siglo se abre con las creaciones de Kritios y Nesiotes, cuyos *Tiranicidas* siguen la proporción de 8 cabezas, y de Mirón, cuyo *Discóbolo* supera a los 8 módulos. No ponemos en la cuenta la estatua del *Auriga* de bronce que de Siracusa fué enviada a Delfos, inolvidable por su esquema exageradamente longilíneo (canon: 9), porque su construcción procuraba hacer visible el busto a pesar del impedimento del carro y los caballos. Contrariamente a la afirmación del historiador Diodoro de Sicilia, no fué el supuesto traslado del canon egipcio a Grecia lo que determinó las proporciones de la estatuaria helénica, porque en el esquema consolidado en Egipto la cabeza entra 6,8 veces.

Otro camino conviene seguir para explicar las proporciones introducidas en la segunda mitad del V Siglo por la escuela de Fidias, con sus figuras de dioses construídas según el canon 6,4 (*Zeus del friso panatenaico*) y 6,8 (*vírgenes del mismo*), con lo que, separándose del arcaísmo de Egina, consiguen la impresión de solemnidad y dignidad que les caracteriza. Conviene destacar que toda la estatuaria fidiaca de que guardamos restos tiene una conexión íntima con la arquitectura periclea de la Acrópolis, y es en cierto modo una escultura decorativa, cuyos cánones no podían ser concebidos en discordancia con los cánones del templo y la columna dórica. Siguiendo este sendero, se encuentra un claro ejemplo de la 'simetría' entre la figura académica fidiaca y la columna dórica (cuyo canon clásico es 1/6, en el sentido que la altura del fuste,  $\sigma\acute{\omega}\mu\alpha$ , encierra 6 veces el diámetro máximo,  $\epsilon\upsilon\tau\epsilon\lambda\epsilon\upsilon\sigma$ ), en las más remotas afirmaciones estatuarias y arquitectónicas del pensamiento dórico, y son ellas los templos de Sicilia; las más arcaicas

metopas de Selinunte tienen figuras humanas con 6,1 cabezas, cfr. la *metopa del gorgonocidio*, hoy en el museo de Palermo).

Pero el mismo V Siglo asistió a la llamada 'reforma de Policeto', que si por una parte cobró un significado de rebeldía contra la escuela que había ejecutado las obras oficiales del gobierno de Pericles, por parte de un artista de genio cuyo campo de acción quedó restringido, por la otra es simplemente la continuación lógica del pensamiento plástico de la primera mitad del siglo. Una de las estatuas de Policeto, el 'Portador de lanza', o Δορφόροσ, fué celebrada de manera especial con el nombre de 'el Canon', y hay tradición de que el escultor la hiciese para ilustrar plásticamente los conceptos expuestos en su tratado sobre la 'Simetría', que así llamaba la antigüedad a las leyes de la armonía académica. Se lee en Crisipo que la belleza consiste "en la justa proporción de los dedos entre sí, de todos los dedos en conjunto y del carpo con el metacarpo, de los últimos con el antebrazo y de éste con el brazo, como se encuentra escrito en el Canon de Policeto". Generalmente se repite que la fórmula de Policeto fué tomar 9 veces la cabeza, pero se trata de un doble error. Por un lado, la transcripción de Crisipo nos dice que el módulo de Policeto no fué la cabeza, sino el dedo, a la manera egipcia, y por el otro, es un hecho que la talla del Doríforo contiene 7,2 cabezas. Este error material de las medidas se deriva de la confusión perpetrada por varios autores modernos entre el módulo constituido por la real altura de la cabeza, y el otro que comprende sólo la distancia entre el mentón y la raíz del cabello, el que debe llamarse, más concretamente, altura del rostro. Este último fué puesto en valor por el arquitecto romano Vitruvio en su tratado de las proporciones.

Los escultores del IV Siglo construyeron sus estatuas según proporciones que de modo variado tienden a superar la cifra de ambos cánones del siglo anterior. La obra característica de Praxiteles, la *Afrođita de Cnido* tiene 8,5 cabezas; el *Atleta (Apoxyómenos)* de Lisipo 8,6. Sin duda esta última representó una nueva reforma del canon, no sólo en los diámetros de altura, sino también en los transversales, para ganar esbeltez a expensas del 'tórax cuadrado' de antaño. Ya se había afirmado con extraordinaria dominación la estética y el pensamiento del

Asia, y en la arquitectura no tenía rivales el orden jónico, con su columna cuyo fuste comprendía de  $1/8,5$  a  $1/9,5$  de *éntasis*.

En el II Siglo, en plena época romana, el helenismo produjo figuras algo menos alargadas, con la *Afrodita de Melos* y la *Venus de' Medici*, respectivamente 8,2 y 7. El *Hérakles Farnesio*, con su proporción de  $1/10$ , no depende de un canon, sino del descubrimiento, luego legiferado por Winckelmann, de que para dar la impresión de talla gigantesca, hay que disminuir sensiblemente la altura de la cabeza.

El antiguo canon  $1/8$  se encontró establecido en el arte romano, y Vitruvio lo consagra en su manual. Agrega Vitruvio que la largura de la mano es igual a la del rostro, medida entre el mentón y la raíz del cabello, y bien puede servir como módulo, ya que representa  $1/10$  de la estatura. Antebrazo y mano en conjunto equivalen a dos cabezas, *ergo* a  $1/4$  de la talla; el pie a  $1/7$ .

Durante el Renacimiento, el florentino León Battista Alberti retoma por su cuenta la cuestión de los cánones, consagrándose a la observación directa de varios modelos, en cuya elección "lasciati da parte gli eccessi degli estremi, ne prese quelle mediocrità que gli parvero piu lodate". Tuvo, según esta declaración, el mismo criterio que en el siglo XIX tendrá Qué-télet, que consiste en concebir como ideal de belleza la construcción corpórea del 'hombre medio'. Módulo de L. B. Alberti fué el pie, que tomado 6 veces daba la talla, 3 veces daba la altura de la extremidad inferior desde el talón al hueso del pubis, 5 veces daba la altura desde los talones hasta la concavidad supra clavicular, 3 veces la distancia desde el suelo hasta la punta del dedo, teniendo el brazo extendido.

Copioso es el material reunido en los dibujos y los escritos de Leonardo da Vinci (1452-1519) quien mide en la talla 10 veces la altura del rostro, al modo de Vitruvio. En cuanto a la idea que el ombligo fuese el centro del círculo en que se imagina inscripto el cuerpo humano con los brazos abiertos, afirmada por Vitruvio, Leonardo la desmiente en su conocido esquema, con el cual demuestra que para situarlo en el centro, el hombre debe levantar los brazos a la altura de la cabeza. Pero sobre todo es importante la doctrina de Leonardo por haber

reconocido que las proporciones del adulto no son válidas para el niño, ni las del varón para la mujer. Recuérdese que el arte antiguo, con excepción de Boetos (III Siglo), había representado a los niños como pequeños hombres y con las mismas proporciones del adulto (cfr. el infante del *Hermes* de Praxiteles en Olimpia).

Alberto Dürer, su contemporáneo, llega a rechazar el módulo único del hombre, porque intuye la existencia de varias construcciones corpóreas, con distintas proporciones. Describe el tipo esbelto, y el carnoso, con cánones variables de 1/8 a 1/6. El David de Miguel Angel mide 1/7.

Desde el Renacimiento hasta nosotros los artistas han empleado proporciones diversas, con libertad de elección siempre más acentuada, de acuerdo a los efectos que miraban despertar en el público. El arte decorativo prescinde generalmente de los cánones. Por su parte, los dibujantes de catálogos de modas y de figurines diseñan cuerpos con más de 12 y 15 cabezas, para conseguir su amanerada elegancia caligráfica; también los maniquines para las vitrinas se hacen de proporciones excesivamente esbeltas, de lo que se derivan buen golpe de las desilusiones de las compradoras de 'modelos'.

En las escuelas de Bellas Artes, sin embargo, nunca ha cesado la búsqueda de un canon 'objetivo', concepto que coincide con la que L. B. Alberti llamaba la '*lodata mediocrità*' y Quétiétet '*l'homme moyen*'. El Dr. Paul Richer, del Instituto de Francia, ha construído sendos diagramas para cada sexo, adoptando como modelo la altura de la cabeza. Ella es contenida 7,5 veces en la figura masculina, así como en la femenina. El tronco (del tórax al pliegue glúteo) comprende exactamente 4 módulos en el varón, pero algo más en la mujer. La braza sobrepasa la estatura en el varón, mientras en la mujer no la alcanza. El miembro inferior (del suelo a la articulación del anca) mide exactamente 4 cabezas en el varón, en la mujer en cambio no llega a ello. La mayor parte de estas divergencias son efecto del mayor desarrollo del torso en la mujer, cuyo carácter general es la braquisquelía, en comparación con la relativa macrosquelía masculina.

Tales cánones académicos valen, como es natural, sólo para los pueblos europeos, mientras la observación de las proporciones de los pueblos de otros continentes han complicado en mayor medida los preceptos de anatomía artística. Un lugar señalado ocupa la consideración de los africanos, cuya construcción corpórea fué reconocida como una de las más armoniosas de la humanidad. Desde el momento en que P. Broca encontró que las proporciones del antebrazo del *Apolo del Belvedere* sólo coincidían con un esqueleto masculino sudanés, y R. Hartmann demostró las correlaciones entre el busto de un hombre y una mujer de raza negra con el mismo *Apolo* y con la *Afroditá de Melos*, es una certeza adquirida que a menudo los escultores de la antigüedad clásica tuvieron por modelo individuos de grupos humanos del Africa septentrional, preferidos por las líneas esbeltas de su cuerpo. Observadores de gran experiencia, como Richer, han averiguado, por otra parte, que los sistemas de vida del blanco, en especial modo de la mujer, han modificado su complexión con el correr de los siglos, en el sentido de aumentar los principales diámetros transversales.

La economía de este curso no consiente mayor extensión a este párrafo de antropología artística.

JOSÉ IMBELLONI  
Universidad de Buenos Aires